

JOAN-EUGENI SANCHEZ*

EXCEDENTE Y GUERRA EN UNA PERSPECTIVA GEOGRAFICA

Pretender analizar las cuestiones referentes tanto al excedente como a la guerra, mencionadas en el título requiere una imprescindible aportación desde el campo de la geografía, en la medida en que ambas, en sí mismas, se articulan espacialmente. Es decir, el espacio geográfico conforma una de las variables de su práctica real, de forma tal que sin la existencia de espacio geográfico no sería posible ni la obtención, ni la distribución del excedente, por un lado, ni la guerra, por el otro.

Ni que decir tiene que ambos aspectos no se agotan en su análisis introduciendo exclusivamente la variable geográfica, como por otra parte no suele ocurrir con ningún otro tema. Pero lo que sí es cierto es que, en este caso, el espacio es una variable clave. Por ello no se pretende aquí abordar ambos temas en su globalidad para llegar a respuestas concluyentes, sino en lo que tienen de problema geográfico.

Por consiguiente, nos acercaremos a ellos para intentar descubrir su dimensión espacial. Pero, además, es lícito que se espere que el haber reunido ambos temas bajo un mismo título sea para que se plantee al mismo tiempo la relación que exista entre ambos. Este es, precisamente, el objetivo final. Para ello, en primer lugar, efectuaré una aproximación a la problemática espacial, tanto del excedente como de la guerra, para llegar seguidamente al punto de intersección de la problemática espacial en la relación entre ambos.

Como he dicho, no pretendo llegar a conclusiones definitivas, sino a introducir ciertos elementos de reflexión que nos lleven, más que a respuestas definitivas, a exponer públicamente ciertas preocupaciones e interrogantes que me planteo alrededor de los mismos, de forma que permitan la discusión para llegar a una mejor comprensión de ambos temas, en sí mismos importantes y complejos.

I.- ESPACIO, VALOR Y EXCEDENTE

Sin abordar cuestiones filosóficas que nos llevarían por otros derroteros, podemos establecer axiomáticamente que el hombre, en cuanto especie humana, y al igual que las restantes especies vivas que se encuentran en el Planeta, actúa permanentemente

bajo una lógica *instintiva* de mantenimiento y reproducción de la propia especie.

Un geógrafo como Jean Brunhes veía claramente que en geografía es conveniente reservar un lugar primordial a los hechos positivos esenciales, y comenzaba por aquéllos referentes a las «primeras necesidades vitales», las cuales correspondían a tres grandes tipos: alimentarse, cobijarse y vestirse. Las tres en forma de uso o de respuesta al medio geográfico.

Parece claro que sin la satisfacción de cualquiera de estas tres necesidades vitales, en las formas concretas y específicas en que se desglosan en cada momento y situación, no es posible la consecución del principio citado de mantenimiento y reproducción. De ahí su categorización como de vitales.

Si afinamos un poco más en el papel del espacio geográfico, vemos que éste adquiere una doble dimensión en su intervención. Así podemos hablar del espacio como *soporte* y del espacio como *factor*.

En cuanto soporte físico es una condición imprescindible para el desarrollo de cualquier individuo y, consecuentemente, de cualquier actividad social. Así podemos hablar del territorio como soporte contenido en el espacio geográfico.

En cuanto factor relacionado con las necesidades vitales puede establecerse una doble diferenciación: como *fuerza de recursos* y como *necesidad de adaptación* fisiológica individual.

Hasta hoy mismo el hombre (la sociedad) está obteniendo todos los recursos de dos ámbitos como son el espacio geográfico y el Sol (éste como fuente de energía). Así pues, excepción hecha de la energía solar, todos los demás recursos deben obtenerse del espacio geográfico, ya que se hallan contenidos en alguna de las tres esferas geográficas: litosfera —con la hidrosfera—, atmósfera y biosfera.

Ahora bien, la categoría como factor del espacio se halla esencialmente reforzada por la distribución heterogénea de los recursos dentro del espacio geográfico (el espacio heterogéneo de los economistas). Será a continuación cuando entrarán en juego los aspectos de fijación y de movilidad diferencial de dichos recursos respecto al medio en el que se hallan localizados.

Digamos que la necesidad de adaptación fisioló-

* Departamento de Geografía. Universidad de Barcelona.

gica individual será la respuesta que cada individuo deberá producir para adaptarse a las condiciones medioambientales del lugar en que se halle. La vivienda, y en mayor medida el vestido, reflejará la respuesta a esta situación en la que, sobre todo el clima, intervendrá de forma esencial. Lo interesante es resaltar que, en todo caso, para conseguirlo deberá valerse de *recursos naturales* contenidos en el espacio geográfico (por ejemplo, fibras o pieles, materiales de construcción, etc.), con lo que se verá obligado a poner en marcha un conjunto de actuaciones y actividades apropiadas para su obtención y para su adecuación a la satisfacción de sus necesidades vitales. Brunhes parecía valorar con cierto tono fatalista esta necesidad del medio para el hombre cuando decía: «Tomar primeramente en consideración las necesidades fisiológicas de los hombres, como hemos hecho, es explicar cómo, desde sus primeros pasos y desde sus primeras horas de existencia, el ser humano, cualquiera que sea, entra fatalmente en contacto con el medio físico» (*Géographie humaine*).

La importancia de esta primera premisa se encuentra en que, *sin la satisfacción de cualquiera de las necesidades vitales no es posible la supervivencia-reproducción del hombre como individuo y como especie*.

Como factor no geográfico, sino ahora intrínseco exclusivamente a la especie humana, sabemos que el hombre, como individuo, es capaz de obtener (producir-conservar) más de lo que necesita para mantenerse (como individuo) y para reproducirse (como especie). Es decir, puede ir más allá de una reproducción simple y alcanzar una reproducción ampliada.

Considerado individualmente, denominaremos *plusvalor* a la parte de valor producido superior al de reproducción, y *excedente* al plusvalor total considerado colectivamente, lo que representa el *plusvalor social*. Retengamos para más adelante esta relación entre plusvalor y excedente en su diferenciación individual y social.

Profundizando constatamos, en primer lugar, que sólo puede existir excedente si, previamente, se ha producido plusvalor individual, ya que se trata de una capacidad individualizada. Pero, en segundo lugar, la producción de plusvalor no implica necesariamente que se alcance un excedente ya que, socialmente considerado, se pueden dar situaciones diversas en las que, aun en condiciones de producción de plusvalor, se contrarresten dinámicas internas que eviten la consolidación de un excedente. Así podemos ver cómo el valor socialmente necesario se obtendrá a través de la producción de valor que incorpore plusvalor por parte de *solamente algunos* individuos del colectivo, o bien que, aun habiéndose alcanzado un excedente, su gestión haya llevado a su destrucción, con lo que un excedente producido no ha alcanzado a ser útil como excedente real. Por poner dos ejemplos.

De cualquier forma, lo que en principio nos interesa es constatar la capacidad de producir plusvalor de que dispone la especie humana. Avanzando un paso más encontramos una nueva premisa de base geográfica: Satisfacer las necesidades vitales (individuales y colectivas de mantenimiento y reproducción) implica disponer de un espacio geográfico del cual obtener los *recursos naturales* (espacio de recursos) y de un espacio geográfico soporte y medio de su vida y de sus relaciones sociales.

Fijémonos que, geográficamente, es importante resaltar que ambos espacios —espacio de recursos y espacio soporte— no se nos muestran como un sólo y mismo espacio geográfico, sino que teóricamente pueden perfectamente corresponder a espacios territorialmente distintos.

Siguiendo el hilo de razonamiento de la satisfacción de las necesidades vitales a través de la producción de valor, constatamos que el valor se obtiene sobre la base de la relación del hombre con el espacio geográfico, y que, por consiguiente, el excedente asume la misma base geográfica. Con lo que llegamos a una primera conclusión que nos dice que el espacio geográfico, en términos de territorio y de medio, es imprescindible al mantenimiento-reproducción de la vida humana.

Retornando al excedente: ¿para qué interesa el excedente? ¿qué se puede hacer con él? ¿qué implicaciones sociales puede conllevar? ¿qué implicaciones geográficas puede tener?...

La primera propiedad a considerar es que el valor, y consecuentemente el plusvalor y el excedente, se independiza del individuo que lo ha producido. A partir del momento en que se ha producido, el producto-valor adopta una entidad propia y puede pasar a cualquier mano en cualquier espacio, con la sola limitación que la propia fisicidad del producto-valor imponga. Conviene retener esta doble propiedad, social y espacial, del valor, del plusvalor y del excedente: su autonomía y su capacidad de movilidad autolimitada, ya que será de trascendental importancia en las formas de uso-gestión-apropiación social y territorial que tome.

Por otra parte, el excedente adopta categoría real sólo si puede ser utilizado socialmente. En efecto, a través de la actividad humana (del trabajo humano) se puede haber producido un valor social global superior al de reproducción, pero si se da el caso de que la colectividad no es capaz, no sabe, o no puede utilizarlo, significará que no llega a asumir su categoría real de excedente. Puede verse en un ejemplo simple: si se ha obtenido una cosecha excedentaria, pero la colectividad no conoce las técnicas o no dispone de los medios para almacenarla y conservarla asegurando su integridad y calidad, pasado un cierto tiempo dicho grano habrá dejado de ser aprovechable y consumible, con lo que, de hecho, dejará de ser un excedente real.

Sabemos que la producción de excedente es la condición para la reproducción ampliada. Es decir, toda reproducción ampliada de la especie humana se basa en un consumo de recursos vitales superior al que necesitaba la población existente. Por consiguiente, sin una capacidad de producción superior a la simple, dada la característica diferencial de la especie humana frente a otras especies vivas, tanto por su largo periodo de crianza como por los productos vitales que necesita, no sería factible una reproducción ampliada sino en escasas proporciones, no tal cual la entendemos nosotros.

Pero lo que es realmente importante dentro de nuestro discurso es la *gestión* del excedente y las formas que ella puede asumir, por cuanto de éstas se derivarán relaciones sociales específicas, las cuales a su vez, tendrán un reflejo en las actuaciones espaciales.

Gestionar un excedente corresponde al conjunto de decisiones tomadas sobre su uso y destino. Ahora bien, es condición necesaria el que previamente a la

gestión se haya realizado su *apropiación*, sin cuya titularidad no será posible la ejecución de las decisiones de gestión.

Es decir, el valor social del excedente deriva de su uso, para lo cual deben tomarse las decisiones oportunas, lo que entenderemos como gestión. Pero ésta no es posible si no disponemos de capacidad efectiva de uso sobre el excedente, o sea, si no se ha efectuado la apropiación del mismo, lo cual, a su vez, es posible gracias a las propiedades de autonomía y de capacidad autolimitada de movilidad señaladas anteriormente.

II.- MODELOS SOCIALES DE APROPIACION DEL EXCEDENTE.

Una vez el hombre ha alcanzado el estadio de producción de plusvalor y de consecución social de excedente, se entra históricamente en la etapa en la que al aprendizaje de los mecanismos de producción de valor se añade el aprendizaje de los mecanismos de apropiación, lo que equivaldrá al desarrollo de las relaciones de poder, siendo múltiples las posibilidades de distribución social del excedente, lo que debe entenderse por formas sociales de apropiación.

Esquematizemos las fundamentales en cuatro modelos:

1. Apropriación privada individual del plusvalor por el productor.
2. Apropriación privada del plusvalor por productores o no.
3. Apropriación colectiva institucional (no privada).
4. Apropriación colectiva uniforme con distribución-apropiación privada.

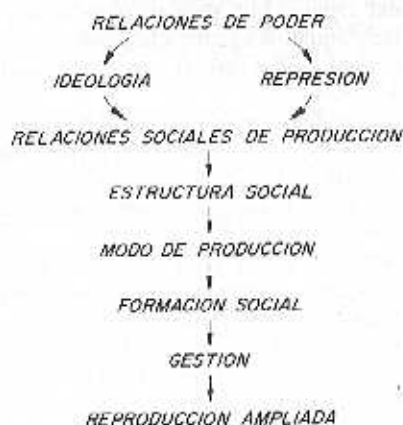
Para la instauración de una cualquiera de estas formas de apropiación debe seguirse un doble proceso simultáneo:

A. Proceso de legitimación de la forma de apropiación (mantenimiento).

B. Proceso de expansión de la apropiación (reproducción ampliada).

De cada uno de ellos se derivará una doble sucesión de consecuencias tanto sociales como territoriales, cuya función conlleva repercusiones estructurales para ambas instancias (social y territorial).

A. PROCESO DE LEGITIMACION DE LA FORMA DE APROPIACION



B. PROCESO DE EXPANSION DE LA APROPIACION



Ambos procesos coadyuvan al mantenimiento-reproducción de una forma de apropiación concreta que no puede limitarse, para conseguir precisamente la reproducción, a la simple apropiación, sino que, como toda forma de poder, ha de ser «poder creador». De ahí la necesidad de alcanzar la coherencia entre las distintas instancias de la articulación social: instancia económica → fuerzas productivas-organización de la producción; instancia social → relaciones sociales de producción; instancia ideológica → legitimación; instancia política → institucional; a las que cabe incorporar una instancia espacial → espacio geográfico como soporte y como factor. Por ello la gestión del excedente representa el momento capital de todo proceso, aquél en el que se manifiesta el grado de «creatividad» del poder que consiga el mayor grado de reproducción ampliada.

En el proceso histórico se constatan diversas formas de regularidad en la actuación social. Una de ellas se concreta en el proceso de concentración al que tienden todas las formas de relaciones de poder que se han instaurado. Aparejada a esta forma de regularidad (ley) social encontramos un proceso de expansionismo territorial que tiende a incorporar nuevas áreas de producción de plusvalor para ser apropiado por el centro de poder. Detengámonos un momento sobre estos hechos.

Sólo es posible entender las relaciones de poder, en su configuración integradora de la sociedad, y más allá de ciertas relaciones interpersonales directas, en un marco socio-territorial en el que se produzca plusvalor y del que se sea capaz de obtener excedente.

Por lo dicho, debemos entender que sin excedente no se da la condición material necesaria para la existencia de relaciones de poder. Es decir, sin excedente no hay plusvalor socialmente útil y, por tanto, la colectividad se sitúa al nivel de reproducción simple, en la cual *todos* los miembros útiles de la misma deben aportar *toda* su fuerza de trabajo para llegar a obtener los recursos necesarios para su reproducción.

En una sociedad tal, pueden existir formas más o menos complejas de división técnica del trabajo, en un sentido amplio, que conlleven una cierta jerarquización y organización entre la colectividad (por ejemplo, justifica la existencia de un jefe de tribu director-organizador) pero, al no existir socialmente trabajo sobrante, nadie puede autoexcluirse del proceso de producción para la reproducción ya que nadie puede apropiarse de valor-trabajo de otro, so pena de que ese otro no pueda reproducirse al no disponer de los mínimos necesarios para ello.

En otra situación distinta podemos pensar, y existen ejemplos de ello, en comportamientos sociales en los que, aun produciéndose plusvalor y por tan-

to dándose las condiciones de realización de excedente, éste es «destruido» de alguna forma (por ejemplo, bajo ciertos rituales) por la colectividad, manteniéndose ésta al nivel de reproducción simple. Pero fijémonos que, incluso en estos casos, ello significa una forma de gestión, ni que sea de gestión para su destrucción.

Bajo todas las restantes formas sociales de apropiación señaladas, la gestión se encuentra siempre presente junto al hecho de apropiación. Es decir, si incluso en situaciones de no concretización del excedente se dan formas de gestión, tanto más cuando el excedente está presente. Y ello más allá de la forma que asuma la apropiación.

Decíamos que, junto al aprendizaje de la apropiación se da el aprendizaje de la gestión, pero debe existir una coherencia social entre ambas formas, aun cuando no necesariamente una relación biunívoca estricta. Veámoslo.

Puede afirmarse que cada modelo de apropiación refleja un modo de producción, ya que se sitúa al nivel de las relaciones sociales de producción, las cuales llevan implícito el modelo social de apropiación y del que se derivan los mecanismos legitimadores que perpetúan las propias relaciones sociales de producción. Por su parte el modelo de gestión no parece implicar, en principio, una forma social específica, sino que debe adaptarse para llegar a cumplir con los requisitos de coherencia y adaptabilidad. Ello permitiría que se pudiesen dar ciertas formas similares de gestión bajo modos de producción distintos. A pesar de todo, este punto requeriría mayor profundización por cuanto también se puede pensar que la gestión se sitúa al nivel de las fuerzas productivas y, por tanto, que si bajo formas distintas de relaciones sociales de producción se dan similitudes básicas en la forma de gestión del excedente, significará que no se habrán configurado claramente dos modos de producción distintos, sino que se estaría en una situación cuanto más de «proceso» potencial hacia otro modo de producción, pero que todavía no se ha alcanzado. Apliquemos este razonamiento a los modelos de apropiación presentados más arriba.

Los modelos 1 y 2 (apropiación privada individual del plusvalor por el productor, y apropiación privada del plusvalor por productores o no) responden a sociedades con clases, en sentido sociológico del término, por cuanto existe una relación individual y diferenciadora dentro de la colectividad respecto a la propiedad de los medios de producción que da lugar a diversas formas de apropiación individual del excedente.

En el modelo 3 (apropiación colectiva institucional) por el contrario, no existe apropiación privada, luego la posesión de los medios de producción no adquiere relevancia social. Cabe imaginar que, de forma coherente, ésta sea también colectiva al igual que la apropiación del excedente. Pero ¿y la gestión? Nada sabemos de su forma, sin que aparezca condicionada al modelo de apropiación. Por tanto, podemos imaginarla tanto individual como colectiva. En este caso la segunda forma, la colectiva, implicaría la democracia directa, mientras que la primera requeriría una forma delegada de gestión, con lo cual, en este caso, se deberían articular formas *jerarquizadas*, y consecuentemente individualizadas, de gestión; si bien habrían desaparecido las clases sociales no habría desaparecido la jerarquización social, precisamente ligada a la gestión del excedente.

Por último, en el cuarto modelo (apropiación colectiva uniforme con distribución-apropiación privada) el reparto uniforme del excedente llevaría aparejado necesariamente su gestión individual. En esta situación, o bien la colectividad prohíbe formas de gestión que conlleven rendimientos de gestión distintos, o bien se establece la colectivización permanente de los rendimientos absolutos con un reparto subsiguiente uniforme e independiente de la gestión, o sino, pasado un cierto periodo de tiempo, se alcanzará una situación de diferenciación social por acumulación diferencial derivada del resultado de gestiones con rendimientos distintos.

En su concreción histórica, el modelo 2 refleja, entre otros, al modelo de producción capitalista, mientras que el primer caso del modelo 3 (forma individual de gestión) corresponde al de los países «socialistas» actuales en los que cualquier forma de excedente se relaciona, en última instancia, con la gestión. Por su parte el segundo caso (gestión colectiva) implica formas de democracia directa y en este supuesto cabe preguntarse si éstas son factibles e imaginables o entran dentro del campo de la utopía.

Si la respuesta es la utopía, ¿podemos llegar a la conclusión *pesimista* de que si existe producción social de excedente *siempre* existirán formas de *poder*, sea por la vía de la apropiación o por la vía de la gestión del excedente? Dejemos abierto este interrogante, que por otra parte es trascendente en su importancia, y alrededor del cual, como se mostrará a continuación, gira la articulación del espacio por la vía del dominio del territorio como reflejo espacial de las relaciones de poder como apropiación y/o gestión del excedente. Éste es el ámbito geográfico al que me interesaba llegar.

III.- LA GUERRA COMO MEDIO DE APROPIACION DE TERRITORIO PARA LA APROPIACION/GESTION DE EXCEDENTE

Si es impensable una sociedad sin producción de valor, de la misma forma es impensable sin espacio geográfico donde producirlo y donde consumirlo. La necesidad, como condición *sine qua non*, tanto de espacio geográfico como soporte, como de espacio geográfico como factor, y esencialmente como factor recurso y como medio de producción, enfrenta a las sociedades con la necesidad de disponer de dicho espacio geográfico.

Si una sociedad se asienta sobre una dinámica desarrollista, ésta sólo es posible mantenerla sobre la base de un incremento paralelo en la obtención de recursos del espacio que sean capaces de soportarla. Por un lado aquéllos ligados a la naturaleza geográfica del recurso, por el otro al papel del espacio como medio de producción.

La naturaleza del recurso puede pertenecer a tres grandes grupos: recursos no reproducibles (agotables), recursos reproducibles y recursos ambientales. Por ejemplo, minerales, productos agrarios y clima respectivamente.

Minerales y clima, como ejemplos de recursos no reproducibles y ambientales respectivamente, se hallan ligados a una localización diferencial, conformando un espacio heterogéneo. La agricultura, y el conjunto de los recursos reproducibles, conforman, en primera instancia, aquellos productos obtenidos a través del uso del espacio como medio de produc-

ción. En este último caso la capacidad modificadora del espacio por parte del hombre es importante gracias al empleo de la técnica sobre el medio geográfico.

Recordemos en este caso que la intervención humana puede seguir dos dinámicas espaciales distintas. Una intensiva, en cuanto que lo que se fuerza sea el aumento de los rendimientos territoriales sobre una misma extensión de territorio. Aquí el nivel tecnológico de cada momento y circunstancia histórica en cada territorio marcará el techo que permita aumentar la producción final de valor. Alcanzado este techo, o sin alcanzarlo, existe también la posibilidad de aumentar el valor producido sobre la base de aumentar el espacio productivo. Estamos ante la otra fórmula, la extensiva, que conlleva una incorporación de nuevos territorios para alcanzarlo.

Paralelamente, disponer de nuevos recursos no reproducibles o de recursos medioambientales significará disponer de alguna forma de acceso a los lugares donde se encuentran localizados. Por ello tanto estos casos, como aquellos ligados al aumento extensivo de la producción territorial, comportarán formas de expansión geográfica sobre otros territorios en los que se hallen localizados estos factores espaciales. La historia de las colonizaciones es una fuente inagotable de ejemplos.

El problema adquiere su carácter dramático cuando el territorio hacia el cual quiere expansionarse una colectividad está ya ocupado por otra colectividad. En cuanto se pretenda la expansión territorial surgirá el conflicto, que puede terminar en guerra.

De lo dicho podemos extraer dos proposiciones:

- a. Sin espacio no habría guerra.
- b. Sin espacio no habría valor.

Si ambas proposiciones son ciertas en sí mismas, una primera conclusión que puede alcanzarse es la de que la guerra es *siempre* un conflicto territorial, es decir, un conflicto por el dominio de una parcela de territorio por un grupo social. Como motivador fundamental puede establecerse la producción y apropiación de valor, bien sea directamente cuando lo que se pretende es apropiarse de valor producido en, y sobre, dicho territorio, bien de forma indirecta cuando dicho territorio ha de servir como canal de circulación de valor producido en otros territorios.

Esta motivación básica es válida tanto para las guerras exteriores (entre Estados) como para las guerras interiores, comúnmente llamadas guerras civiles (lucha entre grupos sociales dentro de un Estado para imponer su dominio social-político imposible de alcanzar sin el previo dominio del territorio estatal). De la misma forma, también es válida tanto para las guerras ofensivas (expansionismo para ampliar los dominios territoriales), como para las guerras defensivas (aquellas en las que el conflicto se inicia por parte de una colectividad territorial que no está dispuesta a perder su territorio ante la amenaza o temor al expansionismo de una colectividad exterior).

Es decir, de una u otra forma, la guerra será el proceso de apropiación de territorio como *causa mediata* para la obtención o movilización de valor, como *causa final*.

Y ello tanto si el espacio fuese homogéneo, como si es heterogéneo. En el primer caso se trataría de un expansionismo que podemos llamar cuantitativo: del nuevo territorio interesa sólo apropiarse del excedente. En el caso del espacio heterogéneo a lo cuantitativo (apropiación del excedente) se suma lo

cuantitativo: tener acceso, dominar y controlar factores espaciales diferenciales en su localización (por ejemplo, primeras materias) o permitir la movilidad y la circulación de los factores y del valor (por ejemplo, como canal de acceso al mar desde un territorio continental). Ambos objetivos permitirán diferenciar y elegir los territorios hacia los que se pretende la expansión. En el primer caso, la homogeneidad territorial haría indiferente la dirección de la expansión, y sólo intervendrían factores morfológicos. Mientras que en el segundo caso, la expansión lleva a la elección de aquellos territorios diferenciados en los que se localiza el tipo de recurso-excedente que se desea apropiar, o la situación y posición geoestratégica del territorio.

En este punto es donde deberán incorporarse al análisis los tres mecanismos geográficos por excelencia: la localización diferencial, la movilidad diferencial y la división del espacio. Pero no insistamos en ello. Lo que no obstante sí conviene precisar es la diferenciación entre una *geografía de la producción* y una *geografía del excedente*.

La geografía de la producción se sitúa al nivel de producción de valor en sus distintos aspectos cuantitativos y cualitativos. Pero en ella no se agota el análisis, y menos desde una perspectiva espacial. Por el contrario, puede ser utilizada para enmascarar la realidad final. Para ello examinaremos sólo el tratamiento ideológico que se efectúa en torno a la «ideología» de la industrialización como factor de desarrollo.

Ahora bien, desde la óptica de las relaciones de poder lo que interesa no es tanto la mercancía en su fisicidad, sino el valor, y más exactamente, el plusvalor o el excedente, según el momento en que sea considerado, lo que podría ser la *geografía de la producción de excedente*. Lo importante será aquí el circuito del valor, y la distribución tanto social como territorial.

De esta forma el espacio adquiere una doble importancia: como *lugar de producción*, pero también como *ámbito y posibilidad de desplazamiento de excedente*, de forma tal que pueda consumarse la distribución social gracias a la posibilidad de distribución territorial y superpuesta a aquélla.

Así, la condición necesaria para el expansionismo territorial será la de la posibilidad de desplazamiento (movilidad) territorial de excedente, sea en la forma de mercancía o en forma monetaria, hacia aquellos lugares que los apropiadores/gestores hayan decidido, bien sea para su apropiación directa, bien sea para su (re)inversión.

Por ello los conflictos territoriales tendrán mucho de lucha territorial como:

- poder sobre la producción de valor
- poder sobre el excedente
- poder sobre la movilización de excedente
- al mismo tiempo que sobre la *forma* de dichos

*podere*s.

IV.- ¿SITUACION LIMITE EN EL PROCESO DE APROPIACION DE TERRITORIO MEDIANTE LA GUERRA?

Ahora bien, históricamente nos hallamos en una situación límite en el proceso de utilización de la guerra como mecanismo de apropiación territorial de grandes extensiones.

En efecto. El proceso de internacionalización de la actividad humana, incluidas, por supuesto y de forma esencial, las relaciones económicas, y apoyado en el desarrollo de los recursos técnicos, ha llevado a una configuración geopolítica mundial bajo la hegemonía de dos potencias y a la reunión en dos bloques de la casi totalidad del espacio mundial. Este proceso tiene lugar con la particularidad histórica de que cada bloque se halla estructurado bajo un modelo básico de relaciones sociales de producción distinto. Es decir, bajo una distinta forma de apropiación del excedente. Donde no aparece tan clara la diferencia entre ambos bloques es en la forma de producción. En este contexto, la forma de gestión del excedente adquiere unas particularidades que cabe considerar.

Los Estados del bloque bajo hegemonía del modo de producción capitalista que se han ido configurando a partir de la revolución industrial, presentan un modelo de apropiación del excedente (relaciones sociales de producción) y un modelo de relaciones de producción (fuerzas productivas), al que corresponde un modelo coherente y adaptativo de gestión del excedente. En su seno, este modelo de gestión ha ido evolucionando al compás del proceso de concentración y de extensión territorial de las actividades económicas de interconexión capitalista (empresas multinacionales), hacia la especialización, la separación y la autonomización de la gestión respecto de la apropiación.

El otro bloque aparece cargado de una notable ambigüedad ya que se observa en él una interconexión funcional del mismo tipo que en el bloque capitalista (formas de producción basadas en el mismo principio), pero debiendo dar respuesta a un planteamiento distinto en la forma de articulación social. En efecto, parece claro que dentro de este bloque denominado «socialista» se ha establecido un claro modelo diferencial respecto al modo de producción capitalista en cuanto a las relaciones sociales de producción, ya que no se apoyan en la apropiación privada de plusvalor por productores o no, característica del modo de producción capitalista (modelo 2 presentado más arriba), sino en unas del tipo 3 de apropiación colectiva institucional no privada. La ambigüedad se sitúa en el plano de la organización de las relaciones de producción, ya que no puede afirmarse taxativamente que representen un desarrollo de las fuerzas productivas respecto al modo de producción capitalista. Por consiguiente, la interconexión funcional requerirá que el plano de la gestión del excedente sea coherente y adaptativo a los otros dos niveles. En este sentido un nuevo modelo de gestión deberá configurarse, ni que sea para efectuar la gestión del excedente colectiva e institucionalmente apropiado.

A pesar de la preeminencia de estos dos bloques, cada uno de ellos con matices diferenciales internos, la realidad internacional global es algo más compleja. Tanto a nivel económico, o político, como al nivel de las relaciones internacionales de poder. Veámoslo a continuación.

A nivel económico se configura un mercado mundial único bajo la hegemonía de las relaciones capitalistas. En su interior encontramos un subgrupo que, siendo autónomo en sus relaciones internas, cuando se relaciona con el ámbito exterior debe hacerlo bajo relaciones capitalistas. Este subgrupo configurado por los países «socialistas», lo encontramos a su vez subdividido por lo menos en dos conjuntos.

Uno formado por la URSS junto a los países del COMECON, y otros países afines; otro formado por China.

A nivel político actualmente nadie discute la supremacía de EEUU por un lado y de la URSS por el otro, como Estados hegemónicos de sus respectivos bloques. Queda como área «autónoma» el caso de China.

Por último, a nivel de las relaciones de poder internacionales, EEUU y URSS ejercen un poder imperialista, aunque los modelos de gestión del poder no sean idénticos, sobre sus respectivos «bloques», pero debiendo «compartir» la hegemonía absoluta a nivel mundial, en unas relaciones de equilibrio tenso. Ello definirá sobre el espacio planetario unas áreas perfectamente integradas dentro de cada bloque, unas líneas de contacto entre áreas integradas, a lo largo de cuyo trazado se configurarán unos territorios en tensión, mientras que, por último, se observan ciertos espacios, bajo forma de «tierra de nadie», sobre la que ambos ejercen presiones constantes y sistemáticas para englobarlos a su área de influencia y dominio. Como en los otros niveles, debemos considerar al margen el caso de China por sus particularidades de conjunto autónomo respecto a los dos bloques, pero sin capacidad, hasta el momento, hegemónica sobre otros territorios como para conformar claramente un tercer bloque.

A la vista de esta situación centrémonos en la relación entre los dos bloques claramente configurados y preguntémosnos desde una perspectiva de la geografía del excedente: ¿cuestiona realmente en estos momentos la URSS a los EEUU? Pienso que se puede afirmar que no. No creo, por ejemplo, que se pueda achacar la crisis económica al resultado de una estrategia geopolítica desencadenada por el «bloque socialista». Es más, existe un amplio acuerdo en considerar que la crisis es el resultado del proceso propio del capitalismo.

Luego, si esto es así, ¿por qué la guerra fría? ¿por qué la escalada militarista? ¿se trata de una estrategia frente al enemigo externo? ¿o más bien de una táctica de hegemonía, dominio y control sobre el propio espacio interior al bloque? ¿juega algún papel, y en su caso cuál, el espacio interplanetario?, y así podríamos continuar con un sinnúmero de interrogantes.

Antes de formularlos definitivamente introduzcamos un nuevo factor, esta vez técnico, que incorporará una nueva dimensión a las actuaciones territoriales. Me refiero a una particularidad histórica, hasta hace poco impensable, en cuanto a la dimensión técnica de los conflictos armados. Se ha entrado en una nueva etapa histórica en la cual la capacidad de destrucción de las armas utilizadas no afecta solamente al enemigo, sino también a quien las utiliza y, por extensión, a la humanidad entera. Al tiempo que, como nos informan los expertos, la capacidad destructiva producida y acumulada en estos instantes permite la destrucción entera del Planeta.

Esta nueva dimensión abre un importante interrogante al papel del espacio en un conflicto armado.

Si aceptamos, como hemos formulado, que toda guerra representa en primera instancia la pugna cruenta por el dominio de un territorio, es decir, que la posibilidad de conflicto quedaba mediatizada por la existencia, como condición *sine qua non*, de un territorio en disputa, ¿continuará siendo válido este

principio en los casos en que *no exista posibilidad objetiva* de ocupación física del territorio en disputa por el atacante? En otras palabras, ¿se romperá el modelo: guerra igual a conquista territorial, ante la imposibilidad manifiesta de que uno de los dos contendientes pueda ocupar territorialmente el espacio del enemigo?

Enlazando con la premisa establecida al principio de esta intervención, la pregunta clave podría ser: ¿la capacidad técnica de destrucción-autodestrucción se impondrá al instinto de supervivencia-reproducción que hasta ahora parece haber guiado a la humanidad?

Hasta aquí algunos planteamientos y algunas cuestiones planteadas desde una perspectiva analítica geográfica. Evidentemente, la conclusión y la respuesta global a todas ellas es imposible efectuarla sólo con los instrumentos de la geografía en la medida en que el espacio no es una variable independiente dentro del sistema. No obstante, constatamos que es necesario introducir el papel de espacio para alcanzar una interpretación del proceso socio-histórico. Creo que lo interesante es plantear y analizar las repercusiones que cualquier cambio en las relaciones sociales tienen sobre la variable espacio geográfico, al tiempo que descubrir la incidencia de los cambios de éste sobre aquéllas.

V.- APOSTILLAS ABIERTAS A LA REFLEXION

A pesar de todo no quiero terminar sin proponer unas apostillas abiertas a la reflexión que estos temas me plantean desde una perspectiva geopolítica respecto a un par de casos a título de ejemplo.

1. Proceso de militarización social

La primera apostilla hace referencia al proceso de militarización social. La crisis económica mundial que se inicia a principios de los años setenta no ha ocasionado un *crash*, como parecía habitual en estas circunstancias de crisis considerada cíclica. Podemos pensar que una gran parte de la explicación de este hecho sea debida a que, en su gestión (con EEUU a la cabeza), se ha optado por dirigir el excedente hacia

un tipo de inversiones de «alta tecnología», al tiempo que «multiplicadoras» en cuanto a renovación permanente de las mercancías producidas sin que *sea necesario su consumo*. Me estoy refiriendo a las actividades armamentistas y a la carrera de armamentos, incluida la carrera espacial en lo que tiene de papel en la estrategia militar y de poder geopolítico.

De esta forma, para superar esta crisis, se habría sustituido el modelo de política económica basado en la intervención del Estado potenciando las obras públicas, las actuaciones sociales y el sector de la construcción, como motores de la reactivación económica, por un modelo basado en la producción de armamento y sus tecnologías complementarias, como fuente impulsora de la economía.

Desde una perspectiva de la geografía de la producción esta elección será de gran importancia por cuanto, entre otros aspectos, conllevará un proceso de consumo (destrucción) de *recursos naturales* destruibles (no renovables), destinados a productos, que, sólo remotamente, se espera que sean usados y que, efectivamente, muchos de ellos han quedado ya obsoletos en la secuencia.

Mientras ninguna de las superpotencias no pierda el control de territorio *esencial* bajo su dominio (territorio encuadrado actualmente dentro de cada bloque) cabe esperar que el uso limitado y controlado de armamento se producirá en las áreas periféricas (las áreas «tierra de nadie» y las líneas de contacto inestable señaladas antes).

Nos hallamos así frente a una situación en la que, de unas tácticas de guerra ofensiva como medio de apropiación de territorio, se ha pasado a unas tácticas explicitadas como defensivas, en una situación ahora permanente de guerra defensiva (fijémosnos que desde 1945 la situación es denominada precisamente, y constantemente, como de *guerra fría*), donde a la carrera de armamento se la legitima como medio para *mantener la paz*, lo que geográficamente significa no perder territorio dentro del estado actual de la división geopolítica internacional, sino sólo de forma muy limitada.

De esta forma la «guerra fría» sirve de mecanismo legitimador de la situación en una doble vertiente. Como justificación de la hegemonía de cada superpotencia respecto a su bloque geopolítico configurado al término de la 2ª Guerra Mundial, por una parte, y por otra, asumiendo un papel esencial en la re-



gulación del sistema económico del que, en el fondo, salen reforzadas en su hegemonía las mismas superpotencias.

¿Dónde se halla el límite de este proceso? Es obviamente difícil dar una respuesta y, de hecho, intentarlo nos plantea a su vez nuevos interrogantes. No obstante, se constata que esta dinámica lleva a que el destino de buena parte del excedente se despilfarré en inversiones en sí mismas *improductivas*, como es el armamento, del que sólo será aprovechable una parte del proceso de investigación tecnológica, pero no el producto final, que ni es posible utilizarlo productivamente, ni mucho menos, se desea que sea usado en su función.

Aun cuando se haya podido «salvar» y superar el *crash*, si este supuesto es cierto, el efecto social percibido es el de la disminución progresiva de los niveles de «bienestar» social. ¿Podrá este descenso de bienestar generar a su vez conflictos internos?...

Lo que sí parece cierto es que el nuevo empuje del conflicto latente que representa la «guerra fría» ha sido utilizado en su más clásico uso histórico como cohesionador social del espacio interior en dificultades, como claramente se constata en los EEUU o se intuye en la URSS. Ahora bien, ¿puede llegar el momento en que bajo la situación de «guerra fría» sea superior la generación de conflictos internos que la capacidad ideológica de legitimación y ello lleve a buscar la cohesión por la vía de engendrar una «guerra territorial» efectiva? En este punto reaparece la cuestión ya planteada como corolario: ¿será superior la capacidad de supervivencia-reproducción a la de destrucción-autodestrucción, o no?

2. Apostilla: El «rearme» técnico

No sólo las grandes superpotencias han optado por el modelo de desarrollo de base armamentista, sino que bajo el signo de la «nueva» política económica para salir de la crisis argumentada en el punto anterior, los países industrializados han visto en el ejemplo del país hegemónico el modelo a seguir. Por lo que, por estas u otras razones que sería largo precisar (por ejemplo problemas internos por la hegemonía), claramente pretenden tener cada vez mayor peso en el mercado mundial de armamento. Para ser más explícitos, aun cuando las leyes del mercado mundial puedan seguir el paradigma del modo de producción capitalista, en este estadio encontramos claramente una división del Planeta en mercados ligados a la división y a la hegemonía geopolítica:

- Mercados conformados por bloques:
 - OTAN.
 - Pacto de Varsovia.
 - Otros bloques o tratados militares (de escasa importancia a este nivel).
- Países aislados:
 - China.
 - Adscritos al control de una potencia.
 - Fuera del control directo en áreas «tierra de nadie».

De hecho, sólo los países integrados en los dos primeros bloques están «legitimados» para tener acceso a los mercados de su área ideológica, mientras que los países productores de armamento «independientes» deberán compartir con aquéllos las áreas de mercado «marginales».

En las circunstancias actuales en que el modelo

de política económica se apoya en la producción de armamento ¿puede un país industrializado optar por otra vía de crecimiento económico que no sea de base armamentista? Salvo raras excepciones, y a no ser que se opte por un estancamiento o ralentización, por lo menos a corto plazo, la respuesta parece ser evidentemente negativa. Y sería difícil abstenerse de entrar en esta dinámica por la propia presión de la «base social» nacional que no está dispuesta a aceptar una disminución de su renta. Por muy pacifista que una sociedad en su conjunto diga ser, no parece que se esté dispuesto a reducir el nivel de bienestar económico, de forma que en numerosos casos la presión de la propia «izquierda» política, en aras a defender el «mantenimiento» del poder adquisitivo de la clase trabajadora, forzará a seguir la vía más rápida de crecimiento económico, y que, en la situación actual, se presenta basada bajo el signo de la lógica armamentista. Contradicciones de la propia izquierda quizás.

A esta conclusión le sigue como corolario: ¿puede aislarse dicho país de los grandes mercados mundiales de su área ideológica, a no ser que se den especiales circunstancias, como es el caso de Suiza dado su papel en el circuito mundial del dinero? ¿puede aislarse de aquellos países de los cuales puede obtener una información y transferencia tecnológica que le permita «estar al día»? Evidentemente, la respuesta a ambas cuestiones parece negativa. Tanto desde la perspectiva de una geografía del excedente para la primera cuestión, como de una geografía de la producción que conlleva la segunda.

Si nos situamos al nivel de las relaciones económicas, vemos que un Gobierno, cualquier Gobierno, comprometido actualmente con el mantenimiento y el *crecimiento* económico, comprometido en la lucha contra el desempleo, y que por otro lado no está dispuesto a cambiar nada del modelo estructural de la sociedad, ni por tanto de su estructura económica, no puede rechazar la aplicación del modelo «motor» de la política económica de recuperación que hemos planteado que se apoyaba en la construcción de armamento. Para conseguirlo, no sólo no se pueden perder mercados, sino que éstos deben ampliarse y consolidarse. Y esto pasa en buena medida por la venta de armamento y por la potenciación de la industria militar como «locomotora» de la actividad industrial y de la economía interior (entre otras cosas «modernizando» a sus propias fuerzas armadas). ¿No representa ello una potenciación de la sociedad militar sobre la sociedad civil?

Terminemos aquí este esbozo resaltando el doble papel del espacio en dos cuestiones como son el excedente y la guerra, en cuanto ambas, aisladamente y entre sí, precisan de la doble dimensión del espacio que justifican el análisis geográfico: en cuanto soporte y factor de, y en, las relaciones sociales, y en cuanto intervención y modificación sobre, y del, propio espacio geográfico. De hecho, han quedado abiertos más interrogantes que respuestas se hayan dado, pero pienso que éste es uno de los objetivos del quehacer científico.

RESUMEN / RESUME / ABSTRACT

Se pretende efectuar una aportación desde el campo de la geografía a la interpretación de la relación existente entre excedente y guerra. El instinto de supervivencia aplicado por el hombre le permite la manipulación del medio geográfico y la obtención de un excedente a través del trabajo. Las diversas formas posibles de legitimación de la apropiación y de la gestión de dicho excedente pueden seguir diversos modelos sociales y diversas formas de actuación. Entre éstas se presenta la guerra como medio, en una situación límite, de apropiación de territorio para la apropiación/gestión del excedente, abriendo como nueva dimensión el importante papel del espacio en un conflicto armado.

* * *

Il s'agit ici d'établir un rapport, depuis un point de vue géographique, sur la relation existante entre «excédent et guerre». L'instinct de survie pratiqué par l'homme lui permet de manipuler le milieu géographique et d'obtenir

des excédents à travers le travail. Les diverses possibilités de légitimation et de gestion des excédents peuvent suivre différents chemins et modèles sociaux. Parmi ces options, et compte tenu d'une situation extrême, la guerre se présente comme le moyen d'annexion d'un territoire en vue de l'appropriation et de la gestion de cet excédent: l'importance du rôle de l'espace dans un conflit armé est donc mis en évidence.

* * *

This paper aims to provide a geographical contribution to elucidate the relationship between surplus and war. The human instinct of survival leads both to a manipulation of geographical environment and to an obtention of surplus through labour. The different possibilities to legitimate and manage this surplus may follow various social patterns and proceedings. Among them, the war can be the last mean to appropriate and manage the surplus, by the annexation of territory, opening so a new insight about the role played by the space in wars.
